

CELCIT. Dramática Latinoamericana 243

# NADIE ES PROFETA EN SU ESPEJO (A imagen y semejanza)

Jorge Díaz

PERSONAJES: 2

EL

ELLA

"Nadie es profeta en su espejo..."

Luis Rosales

"...te reconozco a veces  
bajo el maquillaje de los días  
cuando vuelas  
hacia cárceles que ya no habito".

Manuel Vásquez Montalbán

"No se com  
però sempre t'estimaré.  
Encara que altres mans  
sapien d'una pell que jo conec.  
Encara que els teus camins

són ja camins tan diferents"...

Raimon

Las cortinas se abren sobre un decorado que está en la oscuridad. Se abre la puerta del departamento: un solo ambiente con otras dos puertas que dan al cuarto de baño y a la cocina. Alguien enciende una luz débil, indirecta. Entra una mujer y un hombre.

La mujer enciende una lámpara que está en un rincón y que proyecta una luz tamizada, dejando el departamento en penumbra. La mujer va muy bien peinada y vestida con elegancia un poco excesiva. El hombre viste con el desenfado que da la ropa cara de diseño a la moda. Se mueve con soltura pero con cierta educada reserva.

ELLA.- ¿No te importa que encienda sólo esta lámpara?

EL.- Claro que no.

ELLA.- La luz directa me molesta. Prefiero una cierta penumbra.

EL.- Como la que había en el pub.

ELLA.- Sí. Me gusta ese pub por eso: no hay focos brutales ni rock heavy. (ELLA pulsa un botón de un equipo estéreo y se empieza a escuchar una música muy suave.)

EL.- ¿Te gusta la música ambiental?

ELLA.- No sé. Lo que pasa es que me gusta hablar con la persona con la que me tomo una copa y no aullar o hacer gestos.

EL.- Muchos te encontrarán anticuada por eso. Hablar ya no se estila.

ELLA.- Tengo edad para ser anticuada.

EL.- Ahora yo debería decirte que no, que eres muy joven.

ELLA.- (Con coquetería controlada.) Sería agradable oír eso.

EL.- En serio, eres muy joven todavía.

ELLA.- Gracias. También la penumbra sirve para que a uno le digan estas cosas.

(Risita.) ¿Quieres tomar algo?

EL.- Por ahora, nada. Suelo tomar poco y en el pub ya me tomé dos copas contigo.

ELLA.- (Sirviéndole una copa.) Si uno entra en un sitio como ése es para beber, ¿no?

EL.- Depende. Yo entré por otras razones.

ELLA.- ¿Por qué razones?

EL.- Te aburriría escucharlas y a mí me deprimiría recordarlas.

ELLA.- No te deprimas y acomódate donde quieras.

EL.- (Mirando a su alrededor.) Es curioso.

ELLA.- ¿Qué es curioso?

EL.- Has prolongado el ambiente del pub en tu casa. Porque ésta es tu casa, supongo.

ELLA.- (Ambigua.) Algo así.

EL.- La misma penumbra, la misma música, los mismos cuadros. Sólo falta el mozo.

ELLA.- Me encantaría tenerlo, pero me resultaría carísimo.

EL.- La misma sensación de pecera.

ELLA.- (Sonriendo.) Con una sola piraña.

EL.- No está mal.

ELLA.- Un poco vulgar, ¿verdad?

EL.- No, pero algo impersonal sí que es.

ELLA.- Me imagino que tu casa no es así.

EL.- No, no es así.

ELLA.- Casa de lujo en barrio exclusivo. En las paredes, cuadros de pintores que se cotizan en el mercado.

EL.- ¿Cómo lo sabes?

ELLA.- Es fácil. Basta leer la ficha de tu retrato.

EL.- ¿Qué dice esa ficha?

ELLA.- Ejecutivo instalado en el poder. Casado con dos hijos. Esposa de buena familia relacionada con la banca. Una amante intelectual para los viajes de negocios en el extranjero.

EL.- ¿Eso es todo?

ELLA.- Hay más. Ambicioso. Nunca se relaja. El escalar peldaños obliga a estar vigilante, cuidarse el cuerpo, escoger las amistades influyentes, escuchar siempre y sonreír mucho.

EL.- (Irónico.) Ese personaje parece horrible, pero si él es feliz así...

ELLA.- No lo creo. Es un ser insatisfecho, a la defensiva.

EL.- ¿Por qué?

ELLA.- Tiene cajones cerrados debajo del chaleco, cajones secretos. Sólo los abre de vez en cuando, se asusta y vuelve a cerrarlos.

EL.- ¿La relación de esta noche contigo es uno de esos cajones?

ELLA.- ¿Relación...? Todavía no ha habido ninguna relación. Sólo ha sido un encuentro.

EL.- Bueno, éste encuentro.

ELLA.- Sí, es uno de esos cajones.

EL.- (Sonriendo.) Si no está con llave, puedes abrirlo.

ELLA.- ¿Ya no estás a la defensiva?

EL.- Claro que no.

ELLA.- Lo estabas en el pub.

EL.- Ahora no, ahora me dejo llevar.

ELLA.- ¿Por el instinto o por la curiosidad?

EL.- Por la perplejidad.

ELLA.- De vez en cuando me pasan esas cosas.

EL.- ¿Qué cosas?

ELLA.- (Irónica.) Que en vez de lanzarse sobre mí, ciegos de pasión, me hablen de la perplejidad.

EL.- Dijiste que te gustaba conversar.

ELLA.- Porque a los hombres les gusta hablar cuando conocen a una mujer. Lo primero es despertar admiración o compasión, luego vendrá lo demás.

EL.- Lo estás volviendo muy complicado.

ELLA.- De una manera u otra, todos tratamos de postergar lo que yo llamo el momento de bajarse los calzones.

EL.- Has dejado de hablar como una señora fina.

ELLA.- Perdona fue un lapsus. A veces se me caen las pestañas postizas y quedo en evidencia.

EL.- ¿Vienen muchos por aquí?

ELLA.- No llevo una estadística. Soy amnésica de la libido. Pero puedo decirte que es la primera vez que subo a alguien aquí. En realidad, para mí siempre es la primera vez.

EL.- (Sonriendo.) No andes pregonando eso por ahí. La virginidad nos produce pánico a los hombres.

ELLA.- Por ese lado, tranquilo. Puedes olvidarte del pánico y quedarte sólo con la perplejidad. De todas formas, si no puedes vivir sin la estadística, tengo que decirte que no me como un banano hace milenios. ¿Te parezco atractiva? Te hago esta pregunta desde la penumbra, claro.

EL.- No sé qué decirte. Resultas demasiado inteligente. Eso enfría mis intenciones.

ELLA.- ¿Y cuáles eran tus intenciones?

EL.- Sólo haré declaraciones delante de mi abogado.

ELLA.- (Sonriendo.) Muy sensato. En cambio a mí, la lengua me pierde.

EL.- Porque eres sincera.

ELLA.- Es una falsa sinceridad. Me gusta darle a los hombres la impresión de que improviso, que les hago confidencias.

EL.- Técnica de excitación verbal.

ELLA.- Eso. Hablar, hablar, hablar. Creo que lo llaman "sexo oral".

EL.- Junto lo que yo necesito esta noche.

ELLA.- ¿A la francesa?

EL.- No, hablar.

ELLA.- Ah, ya, desahogarte. Te tienen hartos la familia, la casa con piscina, la perra y el ficus. ¿Quieres jalar una rayita? Eso ayuda.

EL.- No.

ELLA.- Es de confianza. Ni purísima, ni bicarbonato: nieve razonablemente adulterada.

EL.- Paso.

ELLA.- No bebes, no quieres volarte, no te apetece ni a la francesa ni a la finlandesa... ¿qué esperabas que te iba a ofrecer un travesti como yo? (Se produce un silencio incómodo.) ¿Te molesta que haya dicho finalmente esa palabra?

EL.- Si no te molesta a ti.

ELLA.- Porque supongo que no habrás sido tan ingenuo como para tomarme por una mujer.

EL.- No. Me di cuenta enseguida.

ELLA.- Oye, si no es para tanto. No creo que me salgan pelos por el escote.

EL.- Al contrario. Eres demasiado femenina. Ninguna mujer puede serlo todo el tiempo.

ELLA.- Excepto la voz, claro. Aunque dicen que Greta Garbo tenía una voz como la mía. (Se ríe.)

EL.- Sí, una voz muy teatral.

ELLA.- (Sobresaltada.) ¿Cómo lo sabes?

EL.- ¿Qué?

ELLA.- Lo del teatro.

EL.- Lo dije sin pensar.

ELLA.- Pero acertaste: fui actor y escribía comedias.

EL.- Debes haber sido muy bueno.

ELA.- Del montón. No me gustaba. Teatro independiente de comienzos de los años setenta, ya sabes: cargar baúles y hacer la vanguardia que en Europa ya era una antigualla. En realidad, lo que me gustaba era disfrazarme. Bueno, cuando dejé el teatro continué disfrazándome. ¿Quieres vestirme de mujer? Tengo lencería erótica, portaligas, zapatos de taco aguja, tangas, en fin, lo que me pidas.

EL.- No.

ELLA.- Hay un banquero que viene a verme una vez al mes para vestirse de mujer. Tiene sesenta años y está gordo. Baila un cancán para mí y luego se va. ¿Estás seguro que no quieres ponerte mi sostén?

EL.- Estoy seguro.

ELLA.- ¿Ni siquiera te gustaría una pajuela distraída mientras miras un video porno?

EL.- Ni siquiera eso.

ELLA.- Se me está acabando el repertorio. Oye, no serás un tira, ¿verdad?

EL.- (Irónico.) Mi ficha no decía nada de eso.

ELLA.- A veces los computadores fallan, sobre todo si se trata de tiras.

EL.- ¿Para qué querría hablar contigo un policía?

ELLA.- No tienen idea. Andan detrás de la cosa, pero confunden a una hormiga volada con un traficante internacional, cuando no te roban una dosis para ellos mismos.

EL.- Ahora sí que necesito un trago.

ELLA.- Ahí están las botellas, pero no te fíes de las etiquetas.

EL.- Todo aquí es distinto de lo que parece.

ELLA.- Si lo dices por mí, no te avives. Capaz que seas uno de esos plumíferos que están escribiendo una novela de travestis y quieren documentarse.

EL.- Ni periodista ni tira. Te vi en el pub y me interesó hablar contigo.

ELLA.- ¿Para que te cuente mi vida depravada? Eso excita mucho. Conozco a un canónigo que viene sólo para que le cuente el último polvo alegre que he echado. Acaba sin tocarse ni tocarme, sólo escuchando. Debe tener el clítoris en la oreja.

EL.- Me desconciertas. Hace un momento hablabas como una señora reprimida en su noche loca, y ahora...

ELLA.- Como una maricona de barrio bajo, ¿verdad? Verás, debajo de estos rellenos hay una docena de personajes distintos. No me preguntes cuál de ellos soy yo realmente, porque no lo sé. Yo también me pierdo. Es comprensible. Con tanta crema antiarruga y tanta sombra de ojos una se mira en el espejo y cree que es una vecina que le está espiando por una ventana. (Suenan las campanas.) Lo coge ELLA.) ¿Sí...? La misma... Lo siento, precioso, esta noche no puede ser... Llámame mañana y veremos... De veras no puedo en este momento... Supongo que podrás esperar hasta mañana sin subirte por las paredes, ¿verdad...?

Estupendo. Hasta mañana, cielo. (Cuelga.)

EL.- Es mejor que me vaya. Te estoy estropeando la noche.

ELLA.- Lo único que me puede estropear a mí la noche es un punto corrido en las medias.

EL.- Pero ese amigo tuyo quería verte y yo...

ELLA.- Más que amigo, podría ser mi padre. Es un jubilado del Poder Judicial.

Viene por aquí para que yo lo azote los riñones con el Código Penal. (El no se ríe. Se siente incómodo.)

ELLA.- Te molesta mi forma de hablar, ¿verdad?

EL.- Me divierte... y al mismo tiempo, me molesta.

ELLA.- ¿Preferirías que hablara como tu santa esposa?

EL.- (Tenso.) No tengo esposa.

ELLA.- Me dijiste que estabas casado.

EL.- No te he dicho nada.

ELLA.- Mi instinto no me engaña.

EL.- No, no te engaña estoy casado, pero no tengo esposa.

ELLA.- Ya, separado, divorciado o viudo. En cualquiera de los tres casos terminarás llorando sobre mi hombro y dejándome llena de mocos, ¿verdad?

EL.- No sigamos con eso. Sólo quiero que hables como tú misma.

ELLA.- ¡Qué difícil! Yo esperaba pasar la noche con un violador reincidente, pero no con el doctor Freud.

EL.- Si quieres ser una mujer, es cosa tuya, pero, al menos, di lo que piensas realmente.

ELLA.- Eso siempre es peligroso.

EL.- ¿Por qué?

ELLA.- Uno queda a merced de los otros.

EL.- ¿Y eso es tan malo?

ELLA.- Es penoso.

EL.- Más penosa es la tensión histriónica de tu personaje.

ELLA.- (Levemente agresiva.) ¿Tú no tienes también un personaje?

EL.- Supongo que sí, pero desafina menos.



ELLA.- O sea que lo penoso es la vulgaridad de mi personaje, no su sinceridad.

EL.- Sólo te pido que hablemos más sencillamente, eso es todo. Así podremos conocernos.

ELLA.- (Irritada.) ¿Y para qué quieres conocerme? En vez de manoseo y polvo esto se ha convertido en una pedante sesión de psicoanálisis y whisky falsificado.

EL.- No he querido molestarte.

ELLA.- ¡Pero lo has conseguido! Además, todos mis amigos me aceptan como soy: ingeniosa, maricona y vulgar.

EL.- Pero tú no eres así.

ELLA.- ¿Ah, sí? ¿Y cómo soy, entonces?

EL.- Sensible, inteligente.

ELL.- ¿Qué sabes tú!

EL.- Lo suficiente.

ELLA.- Ni siquiera sabes mi nombre.

EL.- En el pub me lo dijiste: Fanny, o algo así.

ELLA.- Eso, algo así. Todas nos llamamos algo así: Débora, Vanessa, Susi...

EL.- Eso no importa. Yo tampoco te he dicho mi nombre. No te preocupes, todos tenemos algo que ocultar. El ser humano es un misterio.

ELLA.- ¡Prefiero tu desprecio de macho perdonavidas a tu comprensión pseudointelectual! Si no quieres abrirte el marrueco, perfecto, pero no me des un sermón de rehabilitación, porque voy a vomitar hasta la píldora anti baby que me tomé esta mañana!

EL.- Lo único que sé es que consigo molestarte.

ELLA.- ¡No sabes nada! ¡No tienes ni idea! ¡Eres un ingenuo! ¡Ni siquiera me has visto la cara que tengo debajo del maquillaje! Eres más que ingenuo: eres un estúpido.

EL.- Después de una hora de charla de algo me habré dado cuenta, ¿no?

ELLA.- ¡De nada! Soy yo la que te conoce... y muy bien, por cierto.

EL.- (Sarcástico.) Ah, ya, volvemos a la intuición "femenina"

ELLA.- (Seria, sin afectación gay.) No, a donde tendremos que volver es a nuestra juventud.

EL.- (Irónico.) ¿Y hasta dónde habrá que retroceder?

ELLA.- Invierno de 1968. Alameda a la altura de República.

EL.- No te entiendo.

ELLA.- Los guanacos nos meaban sin misericordia con su chorro helado, ¿recuerdas?

EL.- (Desconcertado.) ¿Qué es lo que tengo que recordar?

ELLA.- A un melenudo, ciego de rabia, enfrentándose a los pacos. En forma suicida les arrojó un cóctel molotov a la cara.

EL.- ¿Quién era ese loco?

ELLA.- Tú. ¿Ya se te olvidó?

EL.- (Incómodo.) Todos los días pasaban cosas así. Fue un año muy violento.

ELLA.- Ese día fue diferente.

EL.- ¿Por qué?

ELLA.- Los pacos te tenían rodeado. Mientras otros compañeros los hostigaban, alguien te sacó a la rastra entre el humo. El mismo que luego te llevó a su buhardilla de Bellavista.

EL.- Tuve que esconderme. Me habían fotografiado con la molotov en las manos y me andaban buscando. Luego supe que registraron mi casa.

ELLA.- No te buscaban sólo por la molotov, ¿no es cierto?

EL.- No, me buscaban por una expropiación.

ELLA.- Asalto a mano armada a los burgueses capitalistas dueños de la Avícola "El Pollo Nuestro". Te libraste por un pelo.

EL.- Gracias a ese amigo que me escondió una semana en su pieza pude pasar a la clandestinidad. ¿Cómo se llamaba? ¿Te acuerdas?

ELLA.- José María.

EL.- No, no era José María.

ELLA.- Le llamaban Chema.

EL.- ¡Eso, El Chema! (Desconcertado.) ¿Cómo sabes todo eso? ¿Tú también ibas a la Universidad?

ELLA.- No, nunca fui a la Universidad, a estudiar, quiero decir. Pero me gustaba ir a correr delante de los pacos, a hacer rayados, a reírme y a desahogarme.

Nunca nadie me preguntó si era estudiante. Tenía amigos. Nos reuníamos en la Federación de Estudiantes.

EL.- Claro, allí se organizaban todos los despedotes. Chema me llevó varias noches disfrazado de cura. (Se ríe.) Y él se disfrazaba de monja de la caridad. (El se queda petrificado mirándola a ELLA.) ¡Tú!

ELLA.- Entonces sólo me disfrazaba para escapar de las redadas.

EL.- (Asombrado.) ¡Tú eres el Chema?

ELLA.- José María Torres, nacido en Valparaíso en plena celebración del Año Nuevo. Ya ves, desde que nací fui escandaloso.

EL.- ¡Tú! ¡Es imposible!

ELLA.- A estas alturas, deberías saber que todo es posible, menos la lógica. ¿No recuerdas los rayados del 68...? ¡Seamos realistas: pidamos lo imposible!

EL.- (Aún asombrado.) El Chema era flaco y usaba anteojos.

ELLA.- Con lentes de contacto te veo mucho mejor que antes. Por eso te reconocí inmediatamente en el pub. ¡Mira dónde está Manolo! ¡Cómo nos cambia la vida!

EL.- No me vas a decir que he cambiado más que tú.

ELLA.- De aspecto, tal vez no, pero de forma de ser, desde luego. Seguramente te has hecho la cirugía estética de las ideas. De la picantería izquierdosa de los setenta al new look reciclado de los noventa.

EL.- ¿Y tú?

ELLA.- Yo sigo donde estaba, donde he estado siempre, desde que me puse unos aros de mi madre a los cinco añitos: en la marginalidad.

(A partir de ahora los personajes recibirán sus verdaderos nombres en el diálogo.)

MANOLO.- Todo esto parece una broma.

CHEMA.- Por supuesto, nunca me tomo las cosas en serio.

MANOLO.- Quiero decir que no puedes ser ese compañero que me escondió.

CHEMA.- Sólo una semana. Poco tiempo para que se te grabara mi cara.

MANOLO.- ¿Cómo iba a olvidar esa cara? La tuve delante de mí ocho días. Ni siquiera dormíamos.

CHEMA.- Sólo hablábamos.

MANOLO.- Discutíamos.

CHEMA.- Una noche nos pegamos.

MANOLO.- Es que tú bueno, ese amigo era un irresponsable.

CHEMA.- Y tú un responsable izquierdista de la fracción de los Hermanos Marx.

MANOLO.- Síndrome de inmadurez adquirida, como el pelo largo. Luego maduras y se te empieza a caer el pelo.

CHEMA.- Y con el pelo, las ideas.

MANOLO.- ¿Sabías que el escepticismo está localizado aquí, en un pequeño repliegue cerebral? (Se toca la cabeza.) Yo, a veces, me lo toco y noto como crece.

CHEMA.- No nos engañemos. En la buhardilla aquella no nos pegamos por Marx ni por la bendita madre que lo parió, sino por Angela.

MANOLO.- (Algo turbado.) Sí, Angela vivía con esa persona.

CHEMA. Vivía conmigo.

MANOLO.- ¿Cómo quieres que pueda creer eso? El Chema que yo conocí se pasaba la mitad del día en la cama con ella.

CHEMA.- Hasta que llegaste tú.

MANOLO.- ¿Cómo se compagina eso contigo, poniéndote a los cinco años las joyas de tu madre?

CHEMA.- Todo se compagina. Debajo del maquillaje de cada día uno tiene más pliegues secretos que una almeja.

MANOLO.- ¡Pero si Chema era una bala con las mujeres!

CHEMA.- No todo lo que reluce es oro.

MANOLO.- Una tarde hicieron el amor delante de mí, completamente desnudos, con las luces encendidas.

CHEMA.- Quise provocarte y sólo conseguí que al terminar la semana te fueras con ella.

MANOLO.- Tenía que ir a esconderme a Concepción. Angela se ofreció a acompañarme.

CHEMA.- Sabías que yo quería a Angela, pero siempre fuiste un hijo de puta.

MANOLO.- Tú bueno, Chema no se cansaba de repetir que el amor era libre, que

las parejas no existían que nadie era propiedad de nadie.

CHEMA.- Eran los slogans que estaban de moda. Nos mentíamos unos a otros.

MANOLO.- Eramos jóvenes. En esa buhardilla compartíamos todo.

CHEMA.- Hasta que desapareciste como un ladrón llevándote a la paloma.

MANOLO.- Angela eligió, prefirió seguirme a la clandestinidad.

CHEMA.- Tú sabías que yo la quería, a pesar de ya entonces me gustaban los hombres.

MANOLO.- Te contradices.

CHEMA.- Naturalmente. Reivindico el derecho a la contradicción. Por lo menos, eso escribíamos en las paredes en el 68.

MANOLO.- Angela no te quería.

CHEMA.- No estoy hablando de amor.

MANOLO.- ¿Y entonces, de qué estás hablando?

CHEMA.- De la fiesta del cuerpo, de compartir la piel... ¡Yo qué sé! Del placer de sentirte vivo.

MANOLO.- Eso es pura literatura.

CHEMA.- Culear no es literatura.

MANOLO.- (Se ríe brevemente, soñador.) A Angela le gustaba hacer el amor mientras escuchaba la Misa Solemne de Juan Sebastián Bach. El único equipaje que se llevó fue ese disco.

CHEMA.- Yo prefería hacerlo mirando la tele. Mientras Angela cabalgaba sobre mí yo me preparaba un pito y miraba la pantalla donde los astronautas pisaban la luna por primera vez. Nos movíamos en cámara lenta como ellos, ingravidos. Angela era realmente buena cuando se ponía encima de mí.

MANOLO.- Cerraba los ojos. Daba la impresión de que se hacía el amor a sí misma. (Un silencio breve.) ¿Por qué la dejaste ir?

CHEMA.- Angela quería tener un hijo. Decía que si quemábamos nueces de sándalo y copulábamos como las figuras de los templos hindúes lo conseguiríamos. Se gastaba una fortuna en incienso. Tosíamos como locos, pero no conseguí dejarla embarazada.

MANOLO.- Y entonces, aparecí yo, salvado milagrosamente de las patas de los

caballos.

CHEMA.- Y te la engrupiste con el rollo de la clandestinidad en la democracia burguesa.

MANOLO.- ¿Y qué pasó luego?

CHEMA.- ¿Luego de qué?

AMNOLO.- De que yo me largara con ella.

CHEMA.- Me fui quedando solo. Mi revolucionarismo era más estético que otra cosa. Me perseguía la imagen doliente del Che Guevara. Mis amigos progresistas se fueron convirtiendo en banqueros, diputados, jefes de empresa, y a mí se me terminó por ver el plumero.

MANOLO.- ¿Qué quieres decir?

CHEMA.- Apareció el capullo lila que llevaba escondido debajo del poncho hippy, me solté la trenza y empecé a mirar el paisaje genital en los urinarios públicos.

MANOLO.- ¿Siempre hablas así?

CHEMA.- ¿Así, cómo?

MANOLO.- Como si fueran diálogos de teatro.

CHEMA.- ¿Es que ni siquiera te acuerdas de eso?

MANOLO.- ¿De qué?

CHEMA.- Yo escribía teatro. En la buhardilla de Bellavista representaba todos los papeles para ustedes. Los personajes que mejor se me daban eran las heroínas griegas. Angela lloraba de la risa, apoyada en tu hombro, y tú te aprovechabas para sobajearla.

MANOLO.- Parece que yo fui el villano de esa semana negra.

CHEMA.- Y supongo que sigues siéndolo, pero ahora estamos solos. Ya no me puedes robar nada.

MANOLO.- ¿Por qué no sigues escribiendo?

CHEMA.- Después que se fue todo el carajo nada de eso tenía sentido.

MANOLO.- Mentiras. Pretextos. Te importa un pito el teatro.

CHEMA.- ¡Me importa mucho! Pero sólo para representarlo ante una o dos personas. Ante ti, por ejemplo. (Recita.)

"Te di leche y miel

y tú me diste veneno  
destilado en tu boca.

Abre mis carnes vírgenes  
Con tu venablo impaciente.  
Estoy dispuesta a morir".

Fedra. ¿Si quieres, puedo cantar también?

MANOLO.- No.

CHEMA.- O bailar.

MANOLO.- Olvídate.

CHEMA.- Incluso puedo hacerte un strip-tease casi profesional.

MANOLO.- Quiero algo mucho más sencillo: verte la cara.

CHEMA.- Me las estás viendo, ¿no?

MANOLO.- Esa no, la otra, la auténtica.

CHEMA.- No tengo nada auténtico.

MANOLO.- No hagas frases. Necesito saber si eres Chema, el que me escondió en su pieza.

CHEMA.- ¿Tienes dudas todavía?

MANOLO.- ¡Por favor, quítate el maquillaje y la peluca!

CHEMA.- (Sincero y en voz baja.) Eso lo hago sólo cuando quiero a un hombre.

MANOLO.- Entonces lo harás a menudo.

CHEMA.- Casi nunca. Todos mis grandes amores terminaron con melancolía en la próstata.

MANOLO.- Tu humor me resulta familiar, pero tu aspecto...

CHEMA.- (Intentando bromear.) También tiene que resultarte familiar. ¿No te recuerdo a las últimas películas de la Bette Davis?

MANOLO.- Hablo en serio.

CHEMA.- Si quieres ver la cara del Chema te la mostraré. Guardo todas las fotografías de esos años. (Chema abre un mueble y saca una caja que está llena de fotografías. MANOLO se acerca a mirarlas.) ¡Mira, aquí está Cristián y Moncho Alsina!

MANOLO.- No los recuerdo.

CHEMA.- Sí, hombre, aquí, al lado del Pepe Salas.

MANOLO.- La buhardilla sí la recuerdo perfectamente, la colección completa de la revista "Cine-Amor" por el suelo y la fotografía de Marilyn en tamaño natural.

CHEMA.- Y James Dean montado en la Harley Davison mostrando el tremendo paquete.

MANOLO.- Tenías una vieja Underwood que funcionaba a saltos.

CHEMA.- Como nosotros delante de los pacos.

MANOLO.- Y tapabas los vidrios rotos con los discos de los Beatles.

CHEMA.- En cambio, ahora, fíjate qué diferencia: coqueto departamentito alfombrado, pagado con el sudor de mi entrepierna.

MANOLO.- La buhardilla no se me ha olvidado, pero las caras...

CHEMA.- ¿Y éste? ¿Tampoco te acuerdas de él?

MANOLO.- No.

CHEMA.- ¡Tito, nuestro gurú casero!

MANOLO.- Ah, sí, se afeitaba la cabeza y andaba volado día y noche.

CHEMA.- Lo llamábamos "piojo verde".

MANOLO.- Tenía una novia holandesa que se adornaba con harapos de muselina y peregrinaron a Katmandú.

CHEMA.- Sólo llegaron hasta Melipilla.

MANOLO.- Eran dulces tiempos de incienso y hierba rancagüina.

CHEMA.- Y de bombas de napalm.

MANOLO.- ¡Es increíble! Parecen niños.

CHEMA.- ¡Es que éramos niños!

MANOLO.- Pero todos teníamos un proyecto revolucionario, algo prematuro, es cierto.

CHEMA.- Sietemesino.

MANOLO.- Sí, nunca pasó de feto.

CHEMA.- Es que pasar del corazón de Jesús al corazón de Mao produce taquicardia a cualquiera.

MANOLO.- (Señalando una foto.) ¿Y éste con la barba hasta el pecho?

CHEMA.- Juancho. Quería meternos a todos a una comunidad en los cerros del



Arrayán. Su plan quinquenal agrícola sólo le alcanzó para cultivar marihuana en un macetero. (Levantando una foto.) ¡Aquí estoy yo!

MANOLO.- (Mirándola.) ¡Ese no eres tú!

CHEMA.- ¡Cómo que no! ¡Inconfundible: barba, poncho y mochila!

MANOLO.- (Dudando.) Las gafitas a lo John Lennon sí que son las de Chema.

CHEMA.- ¡Y la mirada vidriosa por el ácido! Si es que vivíamos alucinados.

MANOLO.- Eras un anarquista emocional.

CHEMA.- ¿Y tú qué eras?

MANOLO.- Todos éramos transfugas hacia la utopía.

CHEMA.- Y ahora, en cambio, no tienes ni una miserable utopía que llevarte a la boca.

MANOLO.- Nada.

CHEMA.- (Burlón.) El año pasado se llevaban las utopías transparentes, dejando las vergüenzas al aire.

MANOLO.- ¿Y ahora qué?

CHEMA.- Ahora estamos aquí, avanzando hacia la dictadura del proletariado, según las reglas del mercado.

CHEMA.- A propósito de llevarse algo a la boca... ¿quieres algo de comer?

MANOLO.- Sí, tengo hambre. Recuerdo que cocinabas espaguetis adentro de un casco.

CHEMA.- Ahora sólo tengo comida para gatos y tres clases de quesos, todos llenos de colesterol.

MANOLO.- Pon un poco de todo, especialmente de la comida para gatos.

CHEMA.- Busca el vino. Si no está en el refrigerador, seguro que está debajo de la cama. (Sin salir del único ambiente, CHEMA prepara la tabla de quesos.

MANOLO busca el vino por todas partes.)

CHEMA.- ¿Terminaste Sociología?

MANOLO.- Economía.

CHEMA.- Eso, una de esas huevadas.

MANOLO.- No pude terminar entonces. Estuve en la cárcel cuando me pescaron en Concepción y me trajeron a Santiago. A ti, en cambio, no te tocaron ni un

pelo.

CHEMA.- ¿Cómo estás tan seguro? Yo estuve ese mismo año en la cárcel. Fue mi primera vez.

MANOLO.- ¿El 69?

CHEMA.- Sí.

MANOLO.- No te vi.

CHEMA.- Porque no fuiste nunca a visitar la galería de las locas, vagos y maleantes. Me detuvieron con medio brazo metido en el marrueco de un robusto tornero de la Papelera. Alegué que eso era proselitismo político, que lo estaba reclutando, pero no me creyeron.

MANOLO.- Bueno, yo sólo estuve tres meses en la cárcel.

CHEMA.- Te perdí la pista después que me robaste mi polola y treinta mil pesos.

MANOLO.- Creí que sólo habían sido veinte mil.

CHEMA.- Treinta. No eran míos. Era la colecta de solidaridad para ayudar a los compañeros detenidos.

MANOLO.- ¿Te los puedo devolver ahora?

CHEMA.- (Malicioso.) Más tarde. A lo mejor me tienes que pagar aún otros servicios.

MANOLO.- (Siguiendo la broma.) ¿Aceptas tarjetas de crédito?

CHEMA.- Por supuesto, en eso soy muy profesional. (CHEMA ve que MANOLO está mirando debajo de los muebles.) ¿Qué buscas?

MANOLO.- El vino.

CHEMA.- Es verdad. Mira en el bidet.

(MANOLO entra en el cuarto de baño.)

MANOLO.- (En off.) ¡Sí, aquí está!

CHEMA.- Yo no sé qué sería de mí sin el bidet.

(MANOLO entra con el vino. Se sientan alrededor de una mesa donde CHEMA ha colocado la tabla de quesos y trozos de pan. Comen y beben. Ya no están tensos. MANOLO mira las uñas de CHEMA, pintadas de un color muy llamativo. CHEMA se da cuenta y levanta una mano y la gira delante de los ojos de MANOLO.)

CHEMA.- "Full Passion" de Margaret Astor. "Turbadora sofisticación para sus uñas",

así lo anuncian. (Cambiando, íntima.) ¿Te parece que tengo las manos muy grandes? Es lo único que no se puede operar, ¿sabes?

MANOLO.- ¿Has pensado en operarte?

CHEMA.- Jamás. Si me quitara el órgano no podría tocar el Magnificat. Es mejor dejar todo en su sitio si uno quiere cantar el Aleluya de Haendel.

MANOLO.- Lo tuyo parece ser la polifonía religiosa.

CHEMA.- En la cama, sí. Fuera de ella, prefiero a la Celia Cruz. (MANOLO mira fijamente la foto de CHEMA que han comentado antes.) ¿Qué quieres descubrir en esa foto? ¿Todavía tienes duda que sea el Chema de la buhardilla de Bellavista?

MANOLO.- (Mirando la foto.) Trato de afeitarle la barba, depilarle las cejas y pintarle los labios.

CHEMA.- Es fácil. Puede hacerlo cualquiera. Para ser travesti sólo hace falta convicción. Si tú te lo crees, los demás lo creerán.

MANOLO.- No es sólo lo físico. También has cambiado de carácter.

CHEMA.- ¿Porque ya no soy un marihuanero fantasma que habla de Bakunin sin haberlo leído? ¡No seas ingenuo! Uno no cambia nunca. Según los biólogos, a partir del segundo mes, en el útero, ya no cambiamos jamás.

MANOLO.- ¿Te pintabas las uñas con "Full Passion" en el vientre de tu madre?

CHEMA.- Me moría de ganas de hacerlo.

MANOLO.- (Mirando la foto.) No lo creo. Este Chema tenía una pasión muy diferente.

CHEMA.- Nos sentíamos héroes históricos por haber inventado la vía chilena al socialismo.

MANOLO.- Equivocados o no, éramos distintos.

CHEMA.- Leseras. Tú y yo hemos sido siempre unos hijos de puta. La única diferencia entre nosotros es que yo he sido un hijo de puta alegre y tú un huevón triste.

MANOLO.- (Inquieto.) ¿Lo crees de veras?

CHEMA.- ¿Qué?

MANOLO.- Eso que has dicho de mí.

CHEMA.- ¿Qué eres un huevón triste...? Naturalmente. Tu cacareado compromiso político disfraza la depre que arrastras contigo. Ya eras un desencantado antes del encato.

MANOLO.- (Agrio.) ¿Y tú qué sabes? Te cruzaste una semana en mi vida, eso es todo.

CHEMA.- (Duro.) Mire, m'hijito, yo no terminé Sociología como usted.

MANOLO.- Economía.

CHEMA.- Ni fui mártir del exilio ni me doctoré en la cárcel con la crème de la crème, pero he aprendido a conocer a un hombre de un vistazo, a pesar de la poca luz que dan los faroles.

MANOLO.- (Hiriente.) ¿También sales a patinar?

CHEMA.- (Irritado.) ¡Por supuesto, no faltaba más! ¿O crees que soy un reprimido que se viste de putona sólo para mirarse en el espejo y escandalizar a un amigo?

MANOLO.- (Frío, sin levantar la voz.) Dos precisiones: no me escandaliza que te pintes el hocico y no soy tu amigo.

CHEMA.- ¿Y qué eres, entonces? ¿Un cliente?

MANOLO.- (Frío, pero ahora, hiriente.) Eso es lo que tú querías. No, sólo soy una fotografía movida de tu caja de cartón.

CHEMA.- ¡No te hagas el cartucho, lindo, que se te ve el plumero! Tú no me reconociste en el pub. Viniste a mi departamento detrás de mi trasero.

MANOLO.- (Despreciativo.) ¡Por favor, no hables como un maricón, no lo soporto!

CHEMA.- (Estallando.) ¡Es de mal gusto, ¿verdad?! ¿Sabes lo que te digo, encanto...? ¡Andate a la mierda con tus remilgos de señorito decente! Venías dispuesto a pagar por un rato de morbo y te encontraste debajo de mi peluca con tu pasado. ¡Y, claro, no se puede culear con el pasado!

MANOLO.- (Levantando algo la voz.) ¡Cállate, tú no eres una puta!

CHEMA.- ¿Te avergüenza reconocer que esta noche andabas buscando eso?

MANOLO.- Esta noche no andaba buscando eso. (Baja la voz.) Y la vergüenza que siento es por ti.

CHEMA.- ¿De mí? ¡Qué te has imaginado, huevón de mierda!

MANOLO.- ¡Escucha, no tienes por qué ponerte así!

CHEMA.- (Trémulo.) ¡No se te ocurra darme consejos! Crees que has cambiado mucho porque andas en un Mercedes y está forrado en plata. Para mí sigues siendo un arribista y un ratero. Sería mejor que me devolvieras la plata que me robaste hace veintidós años.

MANOLO.- Yo no toqué esa plata. Angela se la llevó.

CHEMA.- En cuanto a Angela, me hiciste un favor. Gracias a ti descubrí lo que me gustaba. Cuando se fueron me empecé a vestir con la ropa de Angela. Me quedaba mejor que a ella. Yo tengo un poto más bonito. Te va a gustar.

MANOLO.- (Grita.) ¡Basta! (MANOLO levanta la mano para darle una bofetada a CHEMA, pero se contiene y no llega a tocar a CHEMA. Se muerde los labios.)

CHEMA.- (Ronco; furioso, pero sin gritar.) ¡No te equivoques conmigo! ¡No soy de las que pagan para que su cafiche les saque la cresta! ¡De masoquista nada, monada!

MANOLO.- (Avergonzado. En voz baja.) Perdona.

CHEMA.- (Trémulo.) ¡Sal de mi casa!

MANOLO.- (Encendiendo un cigarrillo.) Estoy nervioso. No debí hacer algo así.

CHEMA.- ¡Fuera!

MANOLO.- En realidad, no te he dicho la verdad. Quiero explicarte...

CHEMA.- Y yo quiero olvidarte.

MANOLO.- Deja que me quede.

CHEMA.- ¡Andate a la mierda!

MANOLO.- Por favor, sólo esta noche.

CHEMA.- No has pagado para tanto.

MANOLO.- No... no puedo volver a mi casa.

CHEMA.- ¿Qué quieres decir?

MANOLO.- No hay nadie. Me volvería loco.

CHEMA.- Ese es tu problema.

MANOLO.- Esta noche necesito estar con alguien.

CHEMA.- No conmigo.

MANOLO.- Sí, contigo.

CHEMA.- Menos bluff. No me reconociste en el bar. Sólo querías excitarte para

contarlo mañana en tu Club.

MANOLO.- Sólo quería hablar.

CHEMA.- ¿De qué?

MANOLO.- No sé. Estar con alguien diferente.

CHEMA.- Un pelín diferente sí que soy.

MANOLO.- No me refiero a eso.

CHEMA.- ¿A qué te refieres entonces?

MANOLO.- No quiero pensar.

CHEMA.- Ya lo veo venir: bronca con tu mujer. (MANOLO no contesta.) Detesto consolar a los cornudos.

MANOLO.- Es más grave que eso.

CHEMA.- Ya. Quieres compadecerte a ti mismo y que yo te limpie los mocos mientras te tomas mi vino.

(Suenan el timbre de la puerta. Ambos están muy tensos. Se quedan inmóviles.)

MANOLO.- ¡No abras! (CHEMA va hacia la puerta. MANOLO se interpone. En voz baja.) ¡Por favor, esta noche no! (Suenan de nuevo el timbre de la puerta. CHEMA se queda quieto un momento, luego, en puntillas, apaga la lámpara. La habitación queda en penumbra, solo con la luz indirecta que hay colocada en un pequeño acuario. Ahora CHEMA se mueve con naturalidad.)

CHEMA.- Ya se fue. Bueno, ya sabes., el que viene una vez aquí siempre quiere repetirse. (Se ríe bajito. MANOLO está muy tenso y coge a CHEMA del brazo.)

¿Qué te pasa?

MANOLO.- Necesito que me escondas, como lo hiciste hace veintidós años.

CHEMA.- (Sorprendido.) ¿Esconderte? ¿Por qué?

MANOLO.- No es fácil contestarte, pero si tú quieres tendremos toda la noche.

CHEMA.- Si te escondes es porque te buscan. Y si te buscan es que quieren romperte la cara.

MANOLO.- Ojalá fuera eso. Sé defenderme. Nada es como parece ser a primera vista.

CHEMA.- Como yo.

MANOLO.- No quise decir eso.

CHEMA.- ¿Cómo pueden saber que estás conmigo?

MANOLO.- No convirtamos esto en un interrogatorio. No sabría qué decir. Estoy confuso.

CHEMA.- Es que quiero enterarme de cuál es mi papel. Parece que el numerito del Kama Sutra será en plan confesional psiquiátrico. ¿Yo seré el diván o el psiquiatra?

MANOLO.- No sé, es absurdo, pero aquí, hablando contigo, me siento seguro.

CHEMA.- (Sombrío.) Te arrepentirás de haber venido.

MANOLO.- ¿Por qué?

CHEMA.- El que te va a arrancar la verdad soy yo. Todos los que vienen aquí terminan por empelotarse y verse tal como son: impotentes y patéticos.

MANOLO.- No es muy divertido para ti.

CHEMA.- Al contrario, es muy divertido ser un espejo. Es la forma que tengo de vengarme de todos. (Un silencio breve.) ¿Estás metido en un lío?

MANOLO.- No lo sé en cualquier caso, es un problema antiguo que se fue pudriendo con el tiempo.

CHEMA.- Tus líos siempre terminan jodiendo la vida a los demás. A mí, por ejemplo.

MANOLO.- Tienes razón. Es mejor que me vaya.

(MANOLO hace el ademán de marcharse.)

CHEMA.- Quédate. Nadie me ha complicado la vida durante todos estos años. Estoy deseando que suceda. (CHEMA se acerca a MANOLO. Están de pie, muy cerca el uno del otro.)

MANOLO.- (En voz baja.) ¿Qué suceda qué?

(CHEMA se quita la peluca y la deja caer. Con un brazo rodea el cuerpo de MANOLO. Es un gesto tierno. Se quedan inmóviles.)

MANOLO.- (En voz baja, sincero.) Perdona, me repugna tu cuerpo... pero necesito tu compañía.

CHEMA.- (En el mismo tono.) Perdona, me repugna tu compañía... pero necesito tu cuerpo.

(CHEMA acerca su cara a la de MANOLO. Lentamente lo besa en la boca. Oscuro

rápido.)

Fin del primer acto

## SEGUNDO ACTO

El mismo departamento mínimo en el que se ha desarrollado el primer acto. De un mueble/armario/biblioteca ha surgido una cama plegable ancha. En ella vemos un cuerpo encogido y cubierto enteramente por las sábanas. Ni siquiera le vemos la cabeza. Por unos minutos se juega con el equívoco de la identidad del que duerme. Se escucha la misa solemne de Juan Sebastián Bach.

Entra CHEMA desde la cocina. Se ha quitado la peluca y el maquillaje. Su cara está completamente limpia de afeites, incluso, puede tener las mejillas levemente grises por no haberse afeitado en las últimas 24 horas. Lleva el pelo muy corto. Viste un buzo deportivo y zapatillas. Su aspecto es masculino, aunque, a veces, se le nota cierto amaneramiento gay. Le habla al bulto que hay en la cama.

CHEMA.- ¿Has pensado alguna vez que de tus 42 años vividos sólo has estado unos 28 años despierto? El resto lo has pasado durmiendo, o sea, muerto. Así pues, tu verdadera edad es de 28 años. ¡Un chiquillo! De ahora en adelante, no pienso perder ni una sola hora de vida durmiendo.

(CHEMA sale. Ruidos de platos en la cocina. CHEMA vuelve a entrar.)

CHEMA.- ¿Las tostadas con mantequilla o con mermelada?

(El bulto de la cama se mueve. Asoma la cara somnolienta de MANOLO.)

MANOLO.- ¿Qué?

CHEMA.- Las tostadas.

MANOLO.- ¿Qué tostadas?

CHEMA.- ¡Despierta, hombre! Te estoy hablando del desayuno. Son las 11 y media de la mañana y si tomo desayuno después de las 12 me suenan las tripas todo el día. El médico me dijo que era ansiedad aerofágica, algo así como terror al vacío.

MANOLO.- (Después de un bostezo.) ¿Las 11 y media de qué día?

CHEMA.- No exageres tu desorientación, cariño, que no fue para tanto.



Los americanos la llaman "the morning after."

MANOLO.- (Mirando fijamente a CHEMA.) Oye, ¿qué te pasó?

CHEMA.- ¿A qué te refieres?

MANOLO.- ¡A tu cara, a tu aspecto!

CHEMA.- Mi mamá nos enseñó a lavarnos la cara por las mañanas y a uno se le quedan pegadas esas malas costumbres.

MANOLO.- Debe ser eso, no sé. Ahora pareces...

CHEMA.- Todo un hombrecito, ¿verdad? ¡Es esta barba de mierda! Por las mañanas le pasaba lo mismo a la Joan Crawford. ¿La viste en "Delirios de mujer"? Ahí se le veía una barba de tres días. (MANOLO arruga la nariz.) ¿Por qué arrugas la nariz?

MANOLO.- ¿No sientes?

CHEMA.- ¿De qué estás hablando? ¡Me puse desodorante íntimo hasta en el paladar!

MANOLO.- Hay olor a quemado.

CHEMA.- ¡Mierda! ¡Las tostadas! (Sale corriendo hacia la cocina.)

MANOLO.- (En voz alta.) ¡No voy a comer nada!

CHEMA.- (En off.) ¡Ni yo! Están hechas de carbón.

MANOLO.- (Igual.) ¿Tienes café?

CHEMA.- (En off.) Claro. Ya está preparado.

MANOLO.- Cargado y en taza grande.

CHEMA.- (En off.) ¿De medio litro?

MANOLO.- Si no tienes una más grande...

(MANOLO alarga el brazo, coge los cigarrillos y enciende uno. Mira a su alrededor como si viera la habitación por primera vez. Entra CHEMA con dos jarras de café caliente. En un plato trae unas tostadas, jamón de york y uvas. Le da una jarra de café a MANOLO.)

CHEMA.- ¿No vas a comer nada?

MANOLO.- No.

CHEMA.- ¿No le tienes miedo al vacío?

MANOLO.- Sí, pero lo soluciono de otra manera.

CHEMA.- Yo necesito comer. Este año estarán de moda las gorditas y apetecibles.

MANOLO.- Por favor, corta esa Misa que me estoy poniendo nervioso.

CHEMA.- (Sin moverse.) ¿Te recuerda a Angela?

MANOLO.- No. ¿Por qué?

CHEMA.- Era su música para el amor.

MANOLO.- Me había olvidado.

CHEMA.- Te has olvidado de muchas cosas.

MANOLO.- Sí, supongo que sí.

CHEMA.- Incluso de lo que pasó anoche.

MANOLO.- ¿Te refieres a nuestra conversación?

CHEMA.- No sólo conversamos.

MANOLO.- También dormimos, supongo.

CHEMA.- (Irónico.) Dos personas duermen fatal en esta cama.

MANOLO.- Cuando se ha estado tomando uno duerme en cualquier parte.

CHEMA.- Cuando uno toma termina por hacer cualquiera tontería, ¿verdad?

MANOLO.- Claro.

CHEMA.- Lo malo de beber es que uno hace lo que siempre tuvo miedo de hacer.

MANOLO.- (Cambiando.) ¿No vas a cortar esa música?

CHEMA.- (Sonriendo.) La música del amor. (CHEMA corta la música.)

MANOLO.- Angela quería impresionar con esas cosas. Era un poco snob.

CHEMA.- Eso te encantaba.

MANOLO.- El snobismo era muy importante para unos rascas como nosotros. Nos sacaba de la picantería de los años sesenta.

CHEMA.- ¿Por qué la dejaste? ¿O tampoco lo recuerdas?

MANOLO.- Todo se acabó cuando quedó embarazada.

CHEMA.- ¿Por qué?

MANOLO.- Me dijo que el hijo era tuyo.

CHEMA.- Pero tu sabías perfectamente que era tuyo.

MANOLO.- ¡Yo no sabía nada!

CHEMA.- No querías problemas.

MANOLO.- En todo caso, ya tenía bastantes problemas. El Partido me aconsejó

que no la involucrara.

CHEMA.- Y Angela abortó, sola.

MANOLO.- No lo sé. No la volví a ver.

CHEMA.- Yo sí.

MANOLO.- ¿Cuándo?

CHEMA.- El 69, después que te detuvieron a ti. Angela volvió a Santiago medio rayada.

MANOLO.- ¿El ácido?

CHEMA.- Ya no le hacía a la hierba ni al ácido. Estaba hasta el codo en la pesadilla de la heroína. Se fue apagando poco a poco.

MANOLO.- (Como disculpándose.) Yo estaba en la cárcel.

CHEMA.- (Sarcástico.) Suerte que tienen algunos.

MANOLO.- Podía haber recurrido a ti.

CHEMA.- No lo hizo. Se fue a La Serena. La trataron en un hospital como a una delincuente.

MANOLO.- La familia tenía plata.

CHEMA.- Supongo que lo sabes porque les mandarían dinero cuando estuviste con ella en Concepción.

MANOLO.- Sé que eran dueños de fundo.

CHEMA.- Pero no soportaba que compartiera la cama con un rogelio como tú.

MANOLO.- ¿Y dónde vive ahora?

CHEMA.- No vive.

MANOLO.- ¿Qué?

CHEMA.- Murió en un baño público oyendo a todo trapo la Misa Solemne de Bach. Era ya un ángel agujereado.

MANOLO.- (Después de un silencio.) ¿Tienes más café?

CHEMA.- Sí, ¿Quieres que le eche algo?

MANOLO.- ¿Algo?

CHEMA.- Coñac, por ejemplo.

MANOLO.- No. Tengo la boca como lija.

CHEMA.- (Saliendo sin dejar de hablar.) La resaca del pasado, Manolo. ¿O crees

que se puede recordar impunemente sin molestar al hígado? (Aprovechando que CHEMA ha salido de la habitación, MANOLO salta de la cama. Está completamente desnudo. Se pone un slip. Entra CHEMA.)

Lo mejor para la amnesia es una aspirina efervescente con vodka. Prueba.

(CHEMA se interrumpe al verle desnudo. Le toca el brazo.) ¿Quieres ducharte?

MANOLO.- (Alejándose del contacto físico de CHEMA.) Luego. (MANOLO coge el tazón de café.) Huele a encierro.

CHEMA.- ¿El café?

MANOLO.- No, del departamento.

CHEMA.- Primero a quemado y ahora a encierro. (Con malicia.) Tienes la pituitaria tan desarrollada como los otros órganos.

MANOLO.- ¿Por qué no abres una ventana?

CHEMA.- Odio las ventanas. Las clausuré. Sólo sirven para que espíen las vecinas. Este estudio es como un submarino. Y me encantan los periscopios para no perder contacto con el mundo exterior.

MANOLO.- Ya decía yo que esto olía a submarino.

CHEMA.- Lo de los olores lo soluciono rápidamente. (Abre la puertecilla de un mueble y le muestra a MANOLO una colección de envases de spray.) Pino salvaje, lavanda, silvestre, arrecife del Caribe... Para cada invitado un aroma diferente. Para ti, "Hedor íntimo..." (Elige un spray y echa aromatizador.)

(MANOLO le quita el envase de spray.)

MANOLO.- ¡Qué hediondez!

CHEMA.- Perforan el ozono, pero ahora los usan a destajo para escribir en las paredes.

MANOLO.- Nosotros escribíamos con lo que pillábamos.

CHEMA.- Eramos los terroristas de la brocha gorda.

MANOLO.- Aprendíamos caligrafía en los muros de Santiago.

CHEMA.- (Mirando el cuerpo semidesnudo de MANOLO.) ¿Te cuesta mucho dinero?

MANOLO.- ¿El qué?

CHEMA.- Mantenerte así.

(MANOLO se pone una camisa y un pantalón apresuradamente.)

MANOLO.- ¿Por qué me iba a costar dinero?

CHEMA.- Gimnasio, masajista, jacuzzi.

MANOLO.- Basta con un ser un neurótico de la agenda, tener ansiedad todo el día. Eso quema calorías.

CHEMA.- A mí la ansiedad me engorda. Y, por supuesto, me engorda todo lo que no quiero que me engorde. He leído en "Vanidades" que el médico le dijo a Elizabeth Taylor que no podía estirarle la piel, pues no sabía de donde sacársela. ¡Qué cabrona es la vejez! Anoche soñé que era Greta Garbo y me moría de cáncer.

MANOLO.- A estas alturas de tu vida, la mayoría de mis amigos han pasado ya por el quirófano. Vesículas, próstatas, duodenos, han ido a para al tarro de la basura.

CHEMA.- ¿A ti ya te han metido el bisturí?

MANOLO.- Sí, para enderezarme el tabique de la nariz.

CHEMA.- No sólo nuestros tabiques se están viniendo abajo, los viejos sueños de nuestra juventud los recogen los camiones de la basura para llevarlos al vertedero.

MANOLO.- El mundo es el que envejeció de repente, no yo.

CHEMA.- Hay que ser fuerte. Si el mundo se va a hundir, que te pille pintándote los labios con un lápiz fucsia de Nina Ricci.

MANOLO.- Lo mío no va por ahí.

CHEMA.- Uno nunca puede estar seguro de nada.

MANOLO.- ¿Qué quieres decir?

CHEMA.- Somos muy parecidos.

MANOLO.- No lo creo.

CHEMA.- Somos hijos putativos de la dictadura. Odiábamos al dictador, pero ahora no tenemos a quién echarle la culpa.

MANOLO.- No soy un nostálgico de la represión, si te refieres a eso.

CHEMA.- ¿Sabes lo que tú y yo tenemos en común?

MANOLO.- (Nuevamente tenso.) ¿Qué?

CHEMA.- El desasosiego. Es incómodo no ser lo que quisimos ser. (Un silencio.)

MANOLO.- (Sin mirar a CHEMA, terminando de vestirse.) Chema...

CHEMA.- Sí.

MANOLO.- ¿Qué hicimos anoche?

CHEMA.- Lo que hacen los adultos cuando se sienten solos y asustados. Nos tomamos un whisky y nos metimos en la cama.

MANOLO.- (Incómodo.) Estaba borracho.

CHEMA.- (irónico.) Quién en su sano juicio querría despertarse al lado mío y mirarme desnudo, temprano en la mañana, ¿verdad?

MANOLO.- Sé que puedo contar contigo. Espero que olvides esto.

CHEMA.- Jamás olvido nada.

MANOLO.- A mí me pasa lo contrario.

CHEMA.- Conozco tus amnesias, pero esta noche no se te va a olvidar tan fácilmente.

MANOLO.- He olvidado cosas peores.

(Se produce un silencio.)

CHEMA.- ¿Te acuerdas, por ejemplo, de la primera experiencia sexual de tu vida?

MANOLO.- (Seco.) No.

CHEMA.- La mía no la he olvidado nunca. A veces, hasta sueño con ese muchacho.

MANOLO.- (Incómodo.) ¿Queda café?

CHEMA.- (Ausente.) En la cocina.

(MANOLO sale hacia la cocina algo turbado. A CHEMA no le importa que MANOLO no esté en la habitación.)

CHEMA.- Estábamos en la iglesia oyendo misa. El tendría como 16 años, pero siglos de sabiduría en la espalda inocente que ofrecía. Su cuerpo era tan blando como una fruta y olía a incienso. Mientras el órgano interpretaba una música ascendente y gloriosa, mi propio órgano empezó a ascender a los cielos. El poco aire que yo conseguía respirar se lo devolvía sobre la nuca. Desapareció la iglesia, la gente, todos, excepto nosotros y la música vibrante que llegó a su apogeo total. No nos hablamos, pero sé que hicimos explosión al unísono.

(MANOLO ha vuelto de la cocina con el café. Ahora CHEMA habla con la ironía de costumbre.)

Luego vino la etapa mística culposa. Me pasaba en casa como carmelita descalzo y me lo agarraba con guante para no pecar.

MANOLO.- ¿Y después?

CHEMA.- Después conocí los estertores de la felicidad genital: el estado de gracia.

MANOLO.- (Bromea.) En tu vida el sexo y la religión aparecen siempre juntos.

CHEMA.- Sólo en la iglesia consigo que se me levante. En los confesionarios, sobre todo, he tenido erecciones triunfales. Eso de que el cura te eche en el cogote su aliento a cigarro y vino añejo, me enciende.

MANOLO.- (Sonriendo.) Nunca lo he probado.

CHEMA.- (Con doble intención.) Terminarás por probarlo todo.

MANOLO.- (Ambiguo.) Ya me queda poco tiempo.

CHEMA.- Claro, te pasaste lo mejor de tu vida tratando de excitarte con el materialismo dialéctico. Para tirarte a Angela tuviste que calentarle el coco con los Hermanos Marx y casi llegaste al orgasmo con la Unidad Popular. Dime, después del Golpe, ¿seguiste en esa locura o dejaste hablar a tu corazón?

MANOLO.- Seguí en esa locura, pero en el 75 me tuve que asilar en una Embajada.

CHEMA.- No me lo digas... ¡Francia!

MANOLO.- El Partido me ordenó que me asilara allí.

CHEMA.- Yo, de todas maneras, me habría exiliado en París. ¿Te imaginas?, podría haber llegado al Folies Bergère.

MANOLO.- En cambio, yo llegué a la Sorbonne. Terminé Economía, hice un Master en Administración de Empresas y me senté a esperar que cayera.

CHEMA.- Y lo que cayó fue todo el ímpetu viril castrense sobre nuestras carnes virginales.

MANOLO.- ¿Lo pasaste muy mal?

CHEMA.- No tanto como otros. Sobre todo, si una era complaciente con los defensores de la Seguridad Nacional.

MANOLO.- Fue tu forma de sobrevivir.

CHEMA.- ¿Y cuál fue la tuya?

MANOLO.- Prepararme para el retorno incierto.

CHEMA.- Con la certidumbre del Master, de la beca para retornados, de los contactos internacionales y del "charme" francés. Esto te permitió conseguir la esposa rica y los socios capitalistas para la gran empresa constructora.

MANOLO.- Hay que ser realista.

CHEMA.- Manolo, mírame a los ojos y dime: ¿qué fue de tus sueños?

MANOLO.- Esa es otra historia.

CHEMA.- Es tu historia.

MANOLO.- La de todos.

CHEMA.- No, yo nunca estuve en tus guerras. Si a mí me excitaba el canto gregoriano, tú acababas con las grandes ideas.

MANOLO.- Te repites. Siempre terminas hablando de sexo.

CHEMA.- ¿Tanto miedo te da que evitas rozar el tema?

MANOLO.- Trato de usar el cerebro a veces, no siempre el pico.

CHEMA.- Claro, ustedes los intelectuales son sabihondos, en cambio yo soy un pobre marica sin estudios, una patinadora ingeniosa.

MANOLO.- ¿Así te sientes?

CHEMA.- Cada uno tiene cara de lo que es. Tú tienes cara de trepador: cada amigo, un peldaño. Por esa escalera llegarás muy lejos.

MANOLO.- Tan lejos que es como si nunca me hubiera movido del mismo sitio.

CHEMA.- ¿Cuándo volviste del exilio?

MANOLO.- En octubre de 1986, unos días después que atentaron contra Pinochet.

CHEMA.- Es curioso.

MANOLO.- ¿Qué?

CHEMA.- Esa fecha fue también muy importante para mí.

MANOLO.- ¿El día del atentado?

CHEMA.- Sí.

MANOLO.- La noche de los cuchillos largos. Creo que hubo mucho miedo a las represalias.

CHEMA.- No me di cuenta de eso. Para mí, esa noche fue una fiesta.

MANOLO.- No había tanto que celebrar, sólo lo hirieron en una mano.



CHEMA.- No se trataba de eso. Ese día decidí por primera vez en mi vida vestirme de mujer y salir a la calle a putear.

MANOLO.- ¡Bonito día fuiste a elegir!

CHEMA.- Yo no sabía nada. Me había pasado todo el día encerrado, transformándome.

MANOLO.- ¿Todo el día?

CHEMA.- ¿Qué te crees? La belleza no se improvisa.

MANOLO.- (Irónico.) Prefiero no imaginarlo.

CHEMA.- Inténtalo. Vale la pena. Una pasadita de Prestobarba por las piernas, un discreto toque encendido en los labios, fondo de ojos Max Factor, malvapasión en las uñas, una capellina para tapar mi pelo de rata y una túnica para disimular la falta de tetas. Algunas lentejuelas distraídas encima del raso, boquilla dorada y "Chanel" en las ingles. En esos detalles soy tan sencillo como una princesa rusa. Sin olvidar, claro, una caja de condones para enfundar la espada toledana del posible interesado.

MANOLO.- ¿Te detuvieron?

CHEMA.- No, pero noté algo raro en las calles: sirenas, bocinas, banderas y gente que gritaba desde los autos. Era imposible que celebraran así mi estreno en sociedad.

MANOLO.- (Divertido.) ¿Y cómo fue ese estreno en día tan señalado?

CHEMA.- Iba taconeando por la Plaza Italia cuando una voz cascada me detuvo. "Si quieres, rosa de mayo, seré el vasallo de tu persona.". Por poco me caigo de mis tacos agujas. Era un viejo que cojeaba aparatosamente y estaba más gastado que la momia del Plomo. "Vengo una vez al año a Santiago para que me ajusten el clavo de platino", me dijo, y sacó un billete doblado en cuatro partes. Fue suficiente, subí al Fiat seiscientos. Me gané mis primeras lucas a base de sudores. Al caballero del clavo de platino no se le paraba ni cantándole Puro Chile. En fin, no fue ni de lejos como lo había soñado.

MANOLO.- ¿Y cómo lo habías soñado?

CHEMA.- Como una escena de Hedy Lamarr en "Vicios de lujo." Yo, totalmente desnuda sobre la cama, ojeras de cansancio, mueca de asco, cigarrillo en la

comisura; y un machote como un ropero, duro, encallecido, sacando de la cartera de cocodrilo un grueso fajo de billetes que esparcía sobre mi cuerpo desnudo, mientras se escuchaba la música de Billy Hollyday.

MANOLO.- Casi todos nuestros sueños terminaron así, en un Fiat seiscientos.

CHEMA.- Los tuyos no. Tus sueños terminaron en un Mercedes con chofer.

MANOLO.- ¡Qué importa! Yo también tenía mi escenita secreta. Fuimos una generación que se pasó muchas películas.

CHEMA.- ¿Cómo era la tuya?

MANOLO.- ¿Viste "Las uvas de la ira"?

CHEMA.- Henry Fonda y Maureen O'Hara. Dramón épico social. No es lo mío. No salían dormitorios alfombrados ni batas de seda.

MANOLO.- Yo era Henry Fonda. Arengaba a los trabajadores sublevados.

CHEMA.- Y terminaste arengando a los banqueros.

MANOLO.- No he terminado todavía.

CHEMA.- Es que no se puede ser lameculos del sistema y, al mismo tiempo, Henry Ford recitando a Steinbeck.

MANOLO.- Supongo que no.

CHEMA.- Pero te gusta, como a mí.

MANOLO.- ¿Me gusta el qué?

CHEMA.- Travestirte.

MANOLO.- ¡No!

CHEMA.- Quiero decir, disfrazarte, transformarte.

MANOLO.- Si uno cambia, quizás pueda cambiar todo.

CHEMA.- A pesar de tus cambios nos sigue gobernado el ectoplasma político de la dictadura, como si fuera el fantasma del padre de Hamlet.

MANOLO.- ¿Y tú, por qué de disfrazas?

CHEMA.- Maquillarse es corromper la mirada del que te mira, desnudar al otro, avergonzarlo.

MANOLO.- Frases. Detrás de eso hay pura soledad.

CHEMA.- ¡Qué sabes tú! ¡Estás casado!

MANOLO.- Por eso mismo entiendo de soledad. Tu maquillaje es una llamada de

auxilio.

CHEMA.- Te está saliendo para el mármol, pero tampoco es para tanto. Me bastaría con un buen cafique, limpio y de su casa. Tener un cafique es un derecho que debería correr a cargo de la Seguridad Social o de Cáritas.

MANOLO.- ¿Siempre has vivido solo?

CHEMA.- No, durante un tiempo compartí el departamento con Cuca, la Panorámica.

MANOLO.- ¿Quién era?

CHEMA.- Nicodemes Benito para su madre, que lo parió en Talagante. Era transportista. Conducía un Pegaso de treinta toneladas hasta que, en plena Panamericana Norte, tuvo una especie de éxtasis y se vio a sí mismo de novia, en el momento de ser llevada al altar. Desde entonces, sólo tuvo una obsesión: preparar el ajuar para ese día memorable. Fue atroz. Durante todo un año la tuve que aguantar bordando camisones, calzones y sostenes de color melón tierno. Ni las monjitas de clausura bordan como ella. Al final, claro, la mandé a la cresta. Era más loca que una cabra. Andaba con los ojos más pintados que una puerta egipcia.

MANOLO.- Lo más parecido a un amigo que tengo es un chofer que me sonríe y me odia.

CHEMA.- ¿Y qué querías? Tus antiguos compañeros de ruta te deben considerar un desertor despreciable.

MANOLO.- Ya no se usan "los compañeros de ruta." De todos modos, tú nunca entendiste nada de política.

CHEMA.- ¿Cómo que no? Yo siempre he tenido doble militancia. Ahora estoy escribiendo un libro en el que desarrollo la tesis revolucionaria de los gays, como grupo oprimido y marginal, necesitamos la garantía de un fascismo moderado como el que tuvimos, porque nunca fuimos mejor tratadas que entonces.

MANOLO.- Eso suena espantosamente reaccionario.

CHEMA.- Eso suena a lo que somos cuando nos quitamos, yo, el maquillaje, y tú, el traje inglés de ejecutivo yuppy.

(En ese momento suena el timbre de la puerta del departamento. CHEMA hace un

ademán de ir hacia la puerta. MANOLO lo detiene bruscamente.)

MANOLO.- (En voz baja.) ¡No te muevas!

CHEMA.- ¿Qué?

MANOLO.- ¡No abras!

CHEMA.- ¡Por qué?

MANOLO.- (Susurrando.) ¡Habla más bajo!

CHEMA.- ¿Qué pasa?

MANOLO.- ¡No te muevas!

CHEMA.- No te entiendo. ¡Qué mierda...!

(MANOLO le tapa la boca. Suena nuevamente el timbre de la puerta. Los dos se quedan quietos y en silencio. Ahora MANOLO se separa de CHEMA casi avergonzado.)

MANOLO.- Se fueron.

CHEMA.- ¿Quiénes?

MANOLO.- Me siguen.

CHEMA.- (Incrédulo.) ¿A ti?

MANOLO.- Sí.

CHEMA.- No creo. Podría ser alguien que me busca a mí. El coronel retirado que me llamó anoche, por ejemplo. Tengo mi carnet de baile al tope.

MANOLO.- ¡Baja la voz!

CHEMA.- ¿Te has propuesto ahuyentar a mis clientes?

MANOLO.- No son tus clientes.

CHEMA.- ¿Cómo lo sabes? Si abro la puerta saldré de dudas.

(CHEMA hace un movimiento hacia la puerta. MANOLO se interpone y le habla con dureza.)

MANOLO.- ¡Quédate quieto!

CHEMA.- Oye, ¡qué broma es ésta? No habrás matado a alguien, supongo.

MANOLO.- No, todavía no.

CHEMA.- ¿Y entonces, para qué te busca la policía?

MANOLO.- ¿Y quién ha hablado de la policía? ¡No seas ridículo!

CHEMA.- (Irónico.) Bueno, no sé, tenía la esperanza de verme mezclado en una

historia truculenta, como la de Halcón Maltés.

MANOLO.- Esta es sólo una pequeña historia estúpida. Me temo que no podrás ser Humphry Bogart.

CHEMA.- ¡Estás loco! Yo me reservaba el papel de la rubia platinada que esconde el secreto en el fondo de su sostén.

MANOLO.- Todo es mucho más mezquino y penoso.

CHEMA.- Bueno, ha llegado el momento de saber si te persigue la mafia del narcotráfico, el abogado del amante de tu mujer o el mozo del pub de anoche porque no le dejaste propina.

MANOLO.- ¿No le dejé propina?

CHEMA.- No, m'hijito. Y esta noche me va a hinchar las pelotas a mí. En el copetino una es responsable de que el cliente deje propina al mozo.

MANOLO.- No lo sabía. Voy poco por los pubs.

(CHEMA sirve unas copas.)

CHEMA.- Ahora, mientras te tomas un trago, le cuentas a la chica del pub -que soy yo- tus terribles problemas.

MANOLO.- ¿Cómo te llaman en el pub?

CHEMA.- Rosa... Rosa Luxemburgo.

MANOLO.- (Sonriendo, incrédulo.) ¿En serio?

CHEMA.- De la Primera Internacional a la Multinacional del Sex Business.

(Ahora los dos se ríen a carcajadas. Cuando terminan de reírse se produce un silencio embarazoso.)

MANOLO.- Mi matrimonio ha sido un fracaso.

CHEMA.- Pero te da dividendos.

MANOLO.- Cuando me casé ya no necesitaba dinero.

CHEMA.- Pero sí contactos.

MANOLO.- Uno se casa por amor, aunque sea un espejismo pasajero.

CHEMA.- También uno se puede casar por ambición.

MANOLO.- ¿Eres tú el que a contar mi historia?

CHEMA.- Nuestras historias nunca suelen ser muy originales.

MANOLO.- Pero nos duelen a cada uno en forma diferente.

CHEMA.- ¿Te duele o te avergüenza?

MANOLO.- Sobre todo, me cansa. De pronto, una noche cualquiera, ya no puedes soportar lo que has aguantado años y años, y terminas huyendo.

CHEMA.- Y tomando champagne en el escote de espuma de una servidora.

MANOLO.- No, hablando con un ser humano que parecía tan patéticamente solo como yo.

CHEMA.- Es que anoche estaba caracterizada de Blanche Dubois en "Un tranvía llamado deseo."

MANOLO.- Entré allí porque creí que lo había despistado.

CHEMA.- ¿A quién?

MANOLO.- Al imbécil que me sigue discretamente a todas partes.

CHEMA.- ¿Tu guardaespaldas?

MANOLO.- No, no tengo esa clase de gorilas. Mi mujer me hace seguir.

CHEMA.- ¿Desconfía de ti?

MANOLO.- Neurosis posesiva. Está enferma de celos.

CHEMA.- Hace bien. Te compró y tú lo sabes.

MANOLO.- Nadie sabe esas cosas cuando conoce a una mujer.

CHEMA.- Tú lo tenías claro: para la cama, la amante de turno; para el directorio de la empresa, tu mujer.

MANOLO.- ¿Por qué crees que sabes tanto de mí?

CHEMA.- Intuición femenina.

MANOLO.- ¿No será agresividad masculina?

CHEMA.- La duda ofende. (Se ríe.)

MANOLO.- Eres un mal bicho.

CHEMA.- Vamos a ver, ¿qué quiere esa buena señora...?

MANOLO.- (Sombrío.) Quiere atarme, tenerme sujeto... vengarse.

CHEMA.- (Parodiando a un confesor.) ¿Cumples con el deber conyugal, hijo mío? ¿Cuántas veces al mes...? ¿Con la luz apagada o encendida?

MANOLO.- (Irritado.) ¡Mierda para ella! ¡Que se la tire un cocodrilo!

CHEMA.- (Asombrado.) ¡Manolo, está claro que la amas con locura!

MANOLO.- (Frío, después de un silencio.) Quiero divorciarme, pero ella se niega.

Paga para que me sigan y corten cualquier intento de aventura.

CHEMA.- Coitus interruptus. Terminarás como eyaculador precoz.

MANOLO.- ¡Es un infierno!

CHEMA.- El infierno somos nosotros mismos. Tú no quieres perder el directorio de la empresa ni la cama. Tienes la duda clásica: el poder o las sábanas.

MANOLO.- Lo que quiero es perderla de vista.

CHEMA.- ¿Y tus hijos?

MANOLO.- (Alerta.) ¿Cómo sabes que tengo hijos?

CHEMA.- Anoche, cuando dormías, te registré la billetera. Me quedé con algún billete, por si a última hora te ponías apretado. Vi las fotos: "Papito, no corras. Te esperamos en casa."

MANOLO.- Ellos son los restos del naufragio. Me amenaza con quitármelos.

CHEMA.- Un modelo de mujer. Vamos a ver, a estas alturas del drama espeluznante, ¿qué importa que te sigan hasta mi casa y te sorprendan en mi bidet? ¿Por qué no das la cara y mandas a la mierda al detective privado?

MANOLO.- Estoy harto de enfrentamientos y humillaciones.

CHEMA.- Hay que reconocer que la historia es bonita, casi tan conmovedora como la de "La ley del deseo" de Almodóvar, pero mucho menos verosímil.

MANOLO.- ¿Tus historias de maracos son más convincentes?

CHEMA.- Mucho más. ¿Y sabes por qué? Porque no intento convencer a nadie. "Mi biografía es ejemplar porque es absolutamente irreal", declaró Marilyn antes de tragarse la tortilla de somníferos.

MANOLO.- (Después de un silencio.) Claudia también toma pastillas.

CHEMA.- ¿Quién?

MANOLO.- Mi mujer. Sufre depresiones.

CHEMA.- No lo entiendo. No quiere darte el divorcio, no te entrega a los hijos y no te afloja el mono, ¿qué es lo que le pasa?

MANOLO.- Ni ella misma lo sabe.

CHEMA.- Quizás no lo sabe, pero lo sospecha.

MANOLO.- ¿Qué cosa?

CHEMA.- Que el marido prefiere otros guisos más picantes.

MANOLO.- ¡No me huevees, Chema! Yo tengo muy claras mis preferencias.

CHEMA.- Con ese cuento haz dormir a tu mujercita depresiva, yo conozco la cara oculta de la luna, machito.

MANOLO.- Ya no eres gracioso, Chema. Sólo eres una maricona vieja que se sujeta a duras penas el pellejo del culo.

CHEMA.- ¿Cómo los sabes? ¡Ah, pillín, anduviste hurgándome el trasero! ¿Qué se te había perdido por ahí...? Yo te lo voy a decir: ¡tu virilidad de pacotilla! Si tu mujer te quiere echar de su cama sin indemnización es porque lo que necesita es un macho.

MANOLO.- ¡Eres una basura! No sabes absolutamente nada de mí ni de la gente normal. Te has pasado la vida contando chistes en bares de locas.

CHEMA.- ¡Y tú eres una buena mierda que huele a loción after shave, pero no por eso deja de ser una buena mierda!

MANOLO.- ¡Tú, ni eso! ¡No existes! Todo en ti es imitación, desde tu sostén relleno de espuma hasta la huincha aisladora con que te sujetas las bolas para no delatarte!

CHEMA.- (Con desprecio.) ¡Siempre fuiste un reprimido hipócrita!

MANOLO.- (Con rabia.) ¡Reprimido, pero no puta! (CHEMA le da una terrible bofetada a MANOLO. MANOLO ronco de rabia y de sorpresa.) No quiero dejarte marcada esa cara que te cuesta tanto maquillar. (MANOLO se coloca la chaqueta para irse. Inicia el mutis. CHEMA va a un mueble y saca de allí el cassette de un video.)

CHEMA.- ¡Espera! ¡Quizás quieras ver un video muy excitante antes de irte!

MANOLO.- ¡No me interesan tus videos porno!

CHEMA.- Este es distinto: el protagonista eres tú. ¡Mira!

(CHEMA hace funcionar el aparato de video. MANOLO, a pesar suyo, empieza a mirar las imágenes con incredulidad, luego con estupefacción y, finalmente, se deja caer en un sillón, tenso, sombrío, avergonzado. CHEMA lo observa, cauteloso, alerta. En un momento dado, MANOLO se pone de pie y corta la emisión del video con brusquedad.)

MANOLO.- (Sin mirarlo.) ¿Cómo lo filmaste?



CHEMA.- (Muestra un mueble o un punto en la pared.) Un viejo truco: cámara oculta.

MANOLO.- ¡Cuándo?

CHEMA.- Anoche, después que nos acostamos. No pude prender todas las luces, así que tienes que perdonar la calidad de la fotografía.

MANOLO.- ¿Por qué lo hiciste?

CHEMA.- Por puro placer.

MANOLO.- (Acercándose, duro.) ¡No estoy bromeando! ¿Qué pretendías hacer? ¿Mostrárselo a tus clientes degenerados? ¿Chantajearme?

CHEMA.- No lo había pensado. No es mala idea. ¡Por fin tendré alguien que me pague la cera depilatoria y los Tampax!

MANOLO.- ¡Deja de reírte de mí, hijo de puta! (MANOLO agarra de la camisa a CHEMA con gran violencia.) ¿Qué pensabas hacer? ¡Contesta o te parto la cara!

CHEMA.- ¡Tranquilo, hombre, tranquilo!

MANOLO.- ¡Habla!

CHEMA.- Está bien, te lo voy a explicar, aunque mis historias de maracos te den escalofríos. ¡Pero suéltame! (MANOLO lo suelta.) Gracias. (Se produce un silencio. CHEMA se sirve un trago.) Hace quince días estaba patinando en la Costanera cuando se paró a mi lado un auto deportivo de película. Una voz me llamó. ¿A mí me habla...? ¡Madre mía, qué voz! Era uno de esos machos que ya no quedan. ¿Qué quieres rey...? ¡Sube!, me dijo. ¡Qué cuarenta años más bien empaquetados, pensé! Como una "kamikaze" me dejé caer en la tapicería que olía a billete largo y a Agua Brava. ¿Quieres ganarte 250.000 pesos? Me quedé con el plumero a media asta y sin saber qué decirle. Pasé revista mental a todas mis especialidades sexuales y ninguna valía más de dos mil pesos. ¿En cuántos años?, le pregunté. En una hora, si te pones de cabeza. Tesoro, nadie para por una francesa un cuarto de millón. A no ser que tengas un cactus gigante debajo del marrueco. No es eso, contestó. Sólo tienes que engatusar a un tipo, llevártelo a tu departamento y grabarlo en video mientras le haces el trabajito. ¡Y para qué le quieren hacer esta encerrona...? Su mujer quiere divorciarse, pero él está aferrado a sus billetes. ¿Y por qué quiere divorciarse...? Porque al muchachito le

gustan los travestis. Se escapa por las noches, y en vez de cumplir como macho con su mujer le sopla la nuca a tipos como tú. Ella necesita una prueba. ¿Te interesa...? ¡Claro que sí!, le contesté. ¿Quién...? Aquí tienes su foto.

Generalmente se lo pasa en el bar de travestis "El Angel Azul". Hazte la encontradiza. Me dio cien mil a cuenta. (CHEMA abre su cartera y saca una foto y un fajo de billetes que deja encima de la mesa.) Sólo cuando te vi entrar en el bar te reconocí como el Manolo de la Universidad, el de la bomba molotov. El resto de la historia ya lo conoces.

(Ahora MANOLO se mueve con rapidez. Realiza una serie de acciones e interroga a CHEMA secamente, sin levantar la voz. Parece alerta y acosado. Apaga la luz de la habitación, dejando solamente una lámpara de mesa.)

MANOLO.- ¿El auto era gris metálico?

CHEMA.- Sí.

(MANOLO mira por la ventana hacia la calle.)

MANOLO.- ¿El tipo tenía bigotes?

CHEMA.- Como a mí me gustan.

MANOLO.- Canosos.

CHEMA.- ¿Cómo lo sabes?

(MANOLO va hacia la puerta y le coloca algún seguro o pestillo por dentro. Ahora MANOLO va hacia el teléfono y se dispone a marcar un número.)

CHEMA.- ¿Qué te pasa? ¿No irás a llamar a la policía?

(MANOLO no le contesta y habla por teléfono.)

MANOLO.- Aló, Claudia... Soy yo, Manolo. Estoy bien, no te preocupes. Me quedé toda la noche en la oficina revisando los papeles que dejó Marcos... No, no contesté las llamadas. Hay algunos problemas. Ya te los contaré. Vine a darme una ducha a la casa de un amigo. (Ansioso.) ¡Ustedes cómo están...? ¿Y los niños...? Nos veremos más tarde. ¡Chao, mi amor! (cuelga. MANOLO se deja caer en el sofá.)

CHEMA.- (Sarcástico.) todavía no nos hemos dado la ducha. (MANOLO se sirve un trago.) Bien tierna la conversación para ser una bruja que te niega el divorcio.

(MANOLO llena el vaso de whisky.) ¡No te ahogues en un vaso de whisky que no es

para tanto! Este asunto está resuelto.

MANOLO.- (Bebiendo y sombrío.) No hay nada resuelto.

CHEMA.- Me ganaré una patada en los ovarios, pero no entregaré la grabación de video. Y sé que me perderé esas lucas que tanta falta me hacen, pero el amor es más fuerte que el odio. (se ríe bajito.)

MANOLO.- Será mucho peor que todo eso.

CHEMA.- No te preocupes. Les diré cualquier cosa: que eché a perder el video sin darme cuenta al grabar encima una sesión porno con otro cliente. Muchos me piden eso. Además, el bigotudo tiene cara de perro, pero ojos de cordero tierno. (CHEMA le da el cassette de video a MANOLO.)

MANOLO.- Lo que te contó ese tipo de mi mujer es tan falso como lo que te conté yo.

CHEMA.- ¡Y, entonces, ¿qué mierda hay detrás de todo este rollo?!

(MANOLO empieza a desarrollar la cinta de video que va cayendo al suelo.)

MANOLO.- En mi empresa constructora se ha estado lavando dinero sucio. Yo no me había dado cuenta. O no quise darme cuenta. Marcos, mi socio -ese cabrón- se fue al extranjero cuando se complicó la situación. Los que han estado poniendo el dinero quieren ahora que yo me haga responsable de todo para que no se destape la olla. (Mostrando la cinta de video.) Me amenazan con esto. Quieren hundirme, destruir a mi familia.

CHEMA.- ¡Y yo haciendo la comedia creyendo que era un problema conyugal! ¡Rosa Luxemburgo, trágate este pastelito! Manolo, el Magnífico, el triunfador reciclado, tiene como socios a lo peorcito que circula en el mercado: traficantes, especuladores, agentes en retiro.

MANOLO.- ¿De qué estás hablando? Ni siquiera los conoces.

CHEMA.- Yo conocía al bigotudo. Lo había visto antes, pero en otra clase de auto: un Volvo con vidrios polarizados.

MANOLO.- ¿Y qué tratos tenía entonces contigo?

CHEMA.- Ninguno. Pero no te olvides que para sobrevivir un travesti tenía que ser complaciente, dar informes, nada importante. Los conozco. Son gente peligrosa. No quiero mezclarme en este asunto, Manolo. Huele muy mal.

MANOLO.- Eres tú mismo el que te has mezclado.

CHEMA.- En lo que suponía una historia vulgar de chantaje y divorcio, una rabieta de una mujer histérica.

MANOLO.- Eso no te producía escrúpulos, ¿verdad?

CHEMA.- Por supuesto que no. Yo soy una modesta trabajadora del catre, no voy más allá. Lo único sucio que lavo en mi casa son mis calzones. Así que, ándate, Manolo. ¡Andate ahora mismo! No quiero tener más problemas.

(CHEMA abre la puerta y le indica la salida a MANOLO. MANOLO inicia el mutis, pero de pronto se vuelve, cerrando la puerta violentamente con el pie.)

MANOLO.- (Con rabia.) ¡Soplón asqueroso! Has sido siempre un vendido y ahora te haces el honrado. ¿Cuánto te han estado pagando?

CHEMA.- (Picado.) ¡En todo caso, mucho menos de lo que han invertido contigo!

MANOLO.- ¡Yo los voy a denunciar a todos! ¡Voy a destapar la olla!

CHEMA.- ¿Estás loco? ¡te van a hacer pedazos!

MANOLO.- ¡Qué sabes tú! ¡Para ti no ha pasado nada en este país! ¡No son ellos los que mandan ahora!

CHEMA.- Siguen teniendo poder desde la sombra, Manolo. No hay ley que los alcance. Se valen del miedo que nos metieron en el cuerpo y que no se nos ha quitado todavía.

MANOLO.- Ellos también tienen miedo. Y, además, no son tantos.

CHEMA.- Yo los veo por todas partes: en las páginas sociales, en las empresas de seguridad, en el tráfico de armas, en las financieras, en todo.

MANOLO.- Estás obsesionado. No son tantos.

CHEMA.- Pero tienen cómplices como tú y yo.

MANOLO.- ¡Yo no soy un cómplice! Lo sería si me callara.

CHEMA.- Eso es justo lo que tienes que hacer.

MANOLO.- Voy a hablar.

CHEMA.- No seas ingenuo. No le va a interesar a nadie en este país. Acuérdate que el Informe Rettig apenas duró una semana en cartelera y luego se estrenó otra película de terror. ¿Sabes lo único que vas a conseguir? ¡Que tiren en tu jardín un gato muerto atado con cinta de regalo y te llamen sádicamente por

teléfono!

MANOLO.- La policía puede protegerme.

CHEMA.- Son primos hermanos. Se conocen todos. Han estado mucho tiempo haciendo el mismo trabajo. (Sarcástico.) No, comandante Manolo, ya pasó tu tiempo de jugar al Che Guevara. Los supermanes ahora son superratones. Acepta la realidad: los únicos interlocutores que te quedan son los matones, las putas y los maricones: bienaventurados, porque ellos poseerán la tierra. Amén.

¡Y ahora, ándate, y llévate tu maldito video porno!

(MANOLO se sienta y se lleva las manos a la cabeza.)

MANOLO.- ¡Se me parte la cabeza!

CHEMA.- No me extraña: estás cagado de susto.

MANOLO.- ¿Tienes algo para el dolor?

CHEMA.- Claro, me encanta ser enfermera para todo servicio.

(CHEMA entra en el baño y trae una píldora y un vaso de agua. Se la da a

MANOLO. MANOLO se traga la pastilla.)

CHEMA.- Yo sí que he sentido que se me partía la cabeza. Y entonces no había ninguna enfermera tierna al lado mío; sólo un funcionario aburrido que me aplicaba la corriente.

MANOLO.- (Sobresaltado.) ¿Te torturaron?

CHEMA.- Eso sería un título honorífico muy rentable en mi currículum, ¿verdad?

No, nada de eso. Después del 69 caí preso muchas veces. En el año 85 me pasaron de la cárcel al psiquiátrico. No soportaban que yo me paseara por las galerías como Rita Hayworth, sacándome unos larguísimos guantes negros y tirándoselos a la cara de los gendarmes. Pensaron que necesitaba electroshock y que saldría mansita y con mi virilidad recuperada. (Ahora sincero y angustiado al recordar.) Después de la tercera sesión lloraba día y noche llamando a mi madre; quería despertarme de esa pesadilla. Te escribí entonces con la mano temblona por la corriente. Había leído en una revista que habías vuelto y que eras importante, pero no me contestaste. Que te relacionaran con un travesti loco podía dañar tu imagen, aunque fuera la mismísima Rita Hayworth.

MANOLO.- (Sin mirarlo.) Así que este encuentro es un ajuste de cuentas.

CHEMA.- También eso, ¿por qué no? ¿Cómo iba a olvidarlo...? ¿Sabes, Manolo? Yo quería morirme, entonces, pero no sabía cómo hacerlo. Me sentía en el fondo de un pozo al que sólo llegaba la picana del electroschock.

MANOLO.- (Sin mirar a CHEMA, en voz baja.) Ahora soy yo el que se encuentra atrapado, Chema, sin salida. Quisiera tener el valor para matarme.

CHEMA.- Te he ahorrado ese valor, ya ves. Siempre termino ayudándote, no sé por qué.

MANOLO.- ¿Qué quieres decir?

CHEMA.- La pastilla que te has tragado es la salida que buscas. Siempre es bueno tenerla a mano. Uno nunca sabe cuando tendrá que usarla. Los gorilas como el bigotudo las prefieren porque son limpias, rápidas y no dejan huella. En tu caso parecerá un suicidio por una sobredosis.

MANOLO.- (Incorporándose a medias en el sofá.) No estarás hablando en serio.

CHEMA.- Nunca hablo en serio, pero siempre digo la verdad. ¿No te sientes ya un poco cansado, raro?

MANOLO.- ¡Qué diablos...!

(CHEMA lo empuja suavemente al sofá y le da el vaso con whisky que MANOLO tenía a medias.)

CHEMA.- Toma, así no te darás ni cuenta. (MANOLO bebe como un autómata.) El corazón te late ahora más rápido, ¿verdad? Después te relajarás y sentirás que todo esto es un sueño. Cierra los ojos. No tengas miedo. No tendrás ni convulsiones ni dolores. Simplemente el corazón dejará de latir. (Hundido en el sofá, MANOLO, a pesar suyo, cierra los ojos.) "Importante hombre de negocios acusado de lavar dinero sucio, antiguo militante de izquierda, se suicida en el departamento de un travesti. En el bolsillo de su chaqueta se encontró un video pornográfico protagonizado por él mismo."

Te harán la autopsia. El forense no querrá problemas y diagnosticará: droga y alcohol; y volverá a coser tu cuerpo como una pelota de trapo. Nadie reclamará tu pobre esqueleto congelado. Te enterrarán a las cinco de la mañana para evitar la publicidad y los curiosos.

Tu mujer no estará allí porque se encontrará en Suiza contándole a sus hijos que

su padre se partió el cuello corriendo en su Mercedes.

¿Y yo...? Yo seguiré haciéndome la loca. Quizás me den el dinero prometido o quizás me den una paliza que me rompa el coxis. Poco podré putear con el coxis enyesado, pero seguiré vivo, Manolo. Y tú estarás muerto, porque cuando te vi entrar en el pub ya eras un cadáver en libertad provisional. (Levantando la copa y bebiendo.) ¡Que descanses en paz o que te pudras para siempre!

(MANOLO se incorpora con una violenta arcada. Se pone de pie y se lleva las manos a la boca. Tambaleándose se dirige al baño. Se escucha como vomita en el baño. CHEMA se sienta en una silla y destapa un frasquito de pintura de uñas y se empieza a pintar los dedos de una mano. Sigue imperturbable en esta tarea mientras habla hacia el baño.) ¡No exageres, encanto, que sólo te di una pastilla para la diarrea! Ultimamente estoy pobrísima de cianuros y otros bombones mortales. O a lo mejor me confundí y te di una pastilla para evitar el embarazo. No te olvides nunca de llevarlas en la cartera, ese es mi consejo, amor.

(MANOLO vuelve del baño, pálido y desencajado.)

Te sientes como nuevo, ¿verdad...? Los psiquiatras llamarían a lo nuestro "jornada completa de terapia de choque."

MANOLO.- (Con voz opaca.) Me voy.

CHEMA.- (Irónica.) ¿No te vas a duchar, como le prometiste a tu mujercita?

Tienes que sacarte el olor a Chema que todavía debes tener en el cuerpo.

MANOLO.- (Poniéndose la chaqueta.) NO.

CHEMA.- Tú te lo pierdes. Mi especialidad es la ducha teléfono. (CHEMA le acerca el fajo de billetes a MANOLO.) Devuélvele tú mismo el dinero al bigotudo amigo de tu socio. Dile que los putivideos no me resultan.

MANOLO.- Ese dinero es tuyo. Te lo has ganado.

CHEMA.- Si te refieres a lo de anoche, eso fue gratis. Estamos a mano.

MANOLO.- ¿Estamos en paz?

CHEMA.- Tú y yo nunca estaremos en paz.

MANOLO.- Tienes razón, hemos estado acuchillándonos desde que entré aquí.

CHEMA.- Es una forma de quererse. ¿no lo sabías?

MANOLO.- Más bien, una forma de conjurar el pasado. Quizás nos parecemos más

de lo que yo quisiera.

CHEMA.- (Sarcástico.) Espejito, espejito, ¿quién es más puta de los dos?

MANOLO.- ¿De qué te defiendes con ese lenguaje burlón?

CHEMA.- (Turbado, después de una pausa.) De la ternura que siento por ti.

MANOLO.- (Iniciando el mutis.) Bueno, me voy.

}CHEMA.- Después del deseo viene el desprecio, ¿verdad?

MANOLO.- No te desprecio.

CHEMA.- Quizás, yo sí.

MANOLO.- ¿Me desprecias?

CHEMA.- No, me da rabia que tenga ganas de llorar. En todo caso, prefiero llorar inmediatamente a hacerlo después, porque se me correrá el rimmel y pareceré una puerta mal pintada. Es mejor que te vayas.

MANOLO.- ¿Me guardas rencor?

CHEMA.- Como dice la copla: La cama es demasiado ancha y entre tú y yo hay un manojito de escarcha.

MANOLO.- Gracias.

CHEMA.- ¿Por qué?

MANOLO.- Se me ha quitado el miedo.

CHEMA.- Yo empezaré a tenerlo en cuanto te vayas.

MANOLO.- Se vengarán de ti.

CHEMA.- No es esa clase de miedo. Además, tengo quién me defienda.

Pertenezco al Sindicato de Gays, Lesbianas y otras Virtudes Cardinales.

(Suenan el teléfono. Instintivamente MANOLO va hacia el aparato. CHEMA lo detiene y descuelga él mismo el fono.)

CHEMA.- ¿Sí...? ¡Ah, Vanessa, mi linda, ¿cómo estás?! ¿Qué tripa se te ha roto que me llamas a esta hora...? ¿A almorzar...? Bueno, es un buen plan. De acuerdo.

Primero nos tomamos una copa donde siempre... Gracias por llamarme, cielo. Un beso. (CHEMA cuelga el teléfono.)

MANOLO.- ¿Vas a salir?

CHEMA.- Sí.

MANOLO.- ¿Con una mujer?



CHEMA.- Sin ofender, Manolo, que uno es muy definido. Vanessa tiene de mujer lo que un toro semental, pero vestida de Liza Minelli es irresistible. Ha conseguido enganchar a dos ejecutivos japoneses que buscan un par de geishas. (CHEMA busca dos pelucas de mujer.) ¿Qué será más del gusto nipón? ¿Una peluca rubia o morena? Vanessa dice que el pelo rubio cría piojillo, pero lo dice por envidia porque ella es pelada.

(CHEMA se sienta frente a un espejo y empieza a maquillarse y a colocarse pestañas postizas. Monologa sin mirar a MANOLO.)

¿Sabías que los orientales lo tienen como el dedo meñique? A mí me viene la risa tonta cuando les veo el cuchuflí. En cambio, tienen un talonario de diez pulgadas siempre a punto.

(MANOLO se sonríe y hace un gesto como para acercarse a CHEMA, pero retrocede y sale sin hacer ruido. CHEMA no se ha dado cuenta y sigue hablando.) Manolo, sólo ahora te lo puedo decir, ya sabes que me cuesta hablar de estas cosas en serio. Anoche me devolviste lo que me debías desde la buhardilla de Bellavista. Entonces también te deseaba. Angela fue un pretexto. Los dos la utilizamos por distintas razones. Yo sólo quería verte desnudo haciendo el amor con ella. Manolo, dime la verdad, ¿sientes algo por mí...?

(CHEMA se vuelve y se da cuenta que hace rato que ha estado hablando solo al ver la puerta de la calle abierta. Se pone de pie. Se quita de un manotazo la peluca. Se deja caer en una silla y se enjuga una lágrima.)

¡Mierda, se me corrió el rimmel!

(Después de un momento se repone y se vuelve hacia el espejo para continuar maquillándose.)

CHEMA.- ¡Prepárense, hijos del Imperio del Sol, que aquí llega Rosa Luxemburgo dispuesta a hacer la revolución!

(CHEMA continúa maquillándose mientras la luz baja hasta el oscuro.)

TELON

Jorge Díaz. Correo electrónico de su representante, María Teresa Salina:  
mtsalina@puc.cl

Todos los derechos reservados

Buenos Aires. Octubre de 2006

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral  
[www.celcit.org.ar](http://www.celcit.org.ar). e-mail: [correo@celcit.org.ar](mailto:correo@celcit.org.ar)